

Biblioteca-Films

LAS DOS NIÑAS DE PARÍS

Núm. 15

25

cénts.



Olinda Mano
Sandra Milawanoff
y
Violette Gyl



BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

PUBLICACIÓN DECENAL

REDACCIÓN:

Urgel, 49. 2.º, 2.º

Teléfono 3028 - A

BARCELONA

Les Deux Femmes, 1920 (12 epis. dis)

LAS DOS NIÑAS DE PARIS

por Pablo Cartoux

Según la película de LUIS FEUILLADE

Super-producción «Gaumont Pax»

Valencia, 233

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Interpretada por

SANDRA MURRAY

OLIVIER MARY

VIOLETTE LEST

Fernando Herrmann

Giselle

Gaby

Lizeta

Piero Martin

Blancha Montel

J. Rollette, Biscot, G. Luchet, René Poyen, Char

Hola, Pedro Martín... ¿Tú, en las carteras?

—Ya ves, abriendo el mal humor.

—Y ¿qué sabes de tu mujer?

—No he querido saber nada más de ella.

—Pues ya tengo noticias frescas. Escucha:

El interlocutor de Manin sacó del bolsillo la revista *Comedia* y leyó: La diva Liseta Fleury, la reina de la ópera, emprende una campaña de seis meses alrededor del mundo.

Manin rechazó con un ademán el periódico:

—Y qué?... No me hablen más de Liseta.

Pedro Manin era hijo de una excelente familia. De joven entró en el Conservatorio y en su carrera teatral había obtenido éxitos resonantes. En el teatro conoció a Liseta Fleury, mujer de gran sensibilidad y hermosa, con quien se casó. Tuviron dos hijas,

Dirección: Cinéma Universel / Joanne / Ford
Ver Feuilleton / 221

Ginette y Gaby. Al año de casado abandonó el teatro, viviendo a costa de su esposa, dándose al juego y a una vida de disipación, que bien pronto menoscabó la felicidad conyugal.

Cierta día llegó Manin a su casa hecho una bestia. Después de una ausencia de ocho días. Su esposa le reconvinó duramente y le amenazó con un rompimiento, si no cambiaba de vida. Por fin, una fuga de quince días y la pérdida de unos miles de francos, obligaron a Liseta a hacer una demanda de divorcio.

Desaparecido el único lazo que le ligaba a una existencia legal. Manin se dejó arrastrar por sus inclinaciones y por varias compañías que le proponían negocios inconfesables a base de timos.

Su mujer era su cómplice y él se había aquel día en el hipódromo con algunos cientos de francos en el bolsillo, que se disponía a confiar a la suerte, jugándolos. Los perdió, y volvió a pie a la habitación donde estaba instalado con el pensamiento fijo en su mujer y en sus hijas.

Mientras su marido se jugaba los últimos dineros, Liseta Fleury procedía a los preparativos de marcha en su mansión del Campo de Marte.

En aquel momento estaba Liseta Fleury sentada ante el tocador, vestida con un peinador que hacía resaltar la belleza de su cuerpo esbelto y daba una gracia natural a su rostro, a sus rubellinas oscuros y a sus ojos negros y rasgados.

Ginette, la hija mayor, de diez y seis años, sentada sobre un cojín a los pies de su madre, dirigía a ésta miradas muy tiernas y tristes, pensando en la próxima separación; mientras su hermanita Gaby, preciosa muñequita de ocho años, saltaba por el cuarto.

—Ven aquí, Gaby, lloró la madre—, sientate al lado de Ginette. Seis meses sin verlas, hijas mías, ¿qué largos van a parecerse!... ¿Serán buenas?

Puedes marchar tranquila, mamá—dijo Ginette—, siempre pensaremos en ti, y seremos buenas.

Hoy he recibido carta de sor Verónica en la que me dice que accede gustosa a que vaya al Colegio en donde me educaron, y es tendrá hasta mi regreso.

Un campanillero interrumpió esta conversación.

Sin anunciarse, penetró en la habitación un cab-

llero de unos treinta y cinco años, con la cara alegre. Gaby se echó a su cuello gritando:

—¡Padrino!... ¿Qué nos traes hoy?

Y la niña le registró los bolsillos del gabán de los que sacó algunas golosinas. Ginette, más formal, levantó y diole un beso.

—Querido Chambertin—le dijo Liseta Fleury—, ¿sigue usted decidido a acompañarnos hasta Marsella?

—Sí; y después que usted se haya embarcado acompañaré a Gracia a las dos niñas. Supongo que las buenas Hermanas las admitirán durante seis meses.

—Precisamente la Superiora, sor Verónica, me ha contestado diciéndome que las espera.

La doncella entró con un telegrama. Liseta lo abrió y después de mandar que salieran las niñas, le entregó a Chambertin, el cual leyó:

Estoy en Marsella desespérado sin recursos. Esperó socorro inmediato. Huelo del cielo. Manin.

—¿Qué hago?—preguntó Liseta— Esto ya pasa de la medida.

—Es muy natural, confió usted la primera vez y él se aprovecha de su debilidad.

—Después de todo, no puede dejar a ese desdichado en medio del arroyo.

—¿Por qué no?

—Al fin y al cabo es el padre de mis hijas. Además, le socorro más por miedo de algún chantaje que por compasión.

—Pántese usted y que tire por donde quiera.

—No puedo, Chambertin—dijo Liseta sacando de un bolso un raju de billetes que le entregó—; ruego a usted remita este dinero a Pedro por giro telegráfico.

—Obedezco; pero qué confío que la he ayudado...

Salió Chambertin del *abondoir* de Liseta y las dos niñas le abrazaron.

—¿Sabéis lo que pienso, hijitas?... Pues que vuestra mamá es un ángel, una santa... y levantando los ojos al cielo, murmuró para sus adentros, mientras salía: «¡Una víctima y una... prima!».

La misma noche, Liseta, en compañía de sus hijas y de Chambertin, tomaba el tren que a las once de la mañana siguiente les dejaba en Marsella.

A media tarde Liseta Fleury embarcó en el *Hima-*

luz, despidiéndose de sus hijas y del buen amigo Chambertin, bajo cuya égida dejaba a sus hijas.

Las niñas, acompañadas del padrino, subieron a Nuestra Señora de la Garde, montículo que domina Marsella.

Desde allí vieron como el Himalaya seña majestuosa, y contempláronlo con lágrimas en los ojos hasta que se perdió en el horizonte.

Cuando bajaron, al salir del fúncular que conduce a la cumbre, mientras Chambertin hablaba con el chófer, un hombre le cogió por el brazo:

— ¡Sálveme; me persiguen.

Chambertin, fingiendo no conocerle, respondió sencillamente:

— Tome usted este auto.

Cuando el coche hubo partido, Gaby preguntó:

— Padrino, ¿quién es ese hombre?

Un pobre desgraciado que comió en otro tiempo.

Ginette murmuró al oído de Chambertin:

— Es papá.

En aquel instante un caballero presentó a Chambertin su carnet de agente y preguntóle:

— ¿Ha visto usted un hombre moreno, con americana y sombrero blanco?

— No; no, señor.

— Yo lo he visto, caballero, respondió Ginette. — Un hombre de unos cuarenta años, afestado.

— Sí, sí; ¿por dónde ha pasado?

— Ha subido a la cumbre en el fúncular.

Chambertin sonrió. Ginette corrió hacia el agente, que se dirigía al fúncular:

— Dispénsenme, señor, ¿qué ha hecho ese hombre a quien busca?

— ¡Fricción!... Se ha fugado de la cárcel.

— ¡Dios mío!... Pues suba, que está en la cumbre.

Chambertin, cumpliendo el deseo de Liseta, acompañó a las niñas al Colegio de Grasse en donde sus Verónicas, la buena Superiora, las recibió con muestras de gran cariño, y procuró con sus cuidados y solitudes que las niñas no echasen de menos el cariño de la madre ausente.

Pocos días después la Superiora comunicó a Ginette una noticia alarmadora: su madre había muerto. La niña quedó trastornada. Su padrino, portador de

tan triste nueva, entró en la habitación en donde sus Verónicas y Ginette, secongajadas, daban rienda suelta a su dolor.

Chambertin entregó un periódico a sus Verónicas, en cuya primera plana leyó: *El Himalaya, que hacia rumbo hacia el canal de Suez, se ha ido a pique por haber chocado con una mina. Se cree que todos los tripulantes han perecido en el naufragio.*

— Vengo—dijo Chambertin—de la compañía Transatlántica y me han condenado la catástrofe.

— ¿Y qué haríamos de estas niñas?—preguntó la Superiora.

— Yo he venido a buscarlas. Su abuelo, el señor Bertal, a quien he telegrafiado, me ha contestado que las espera.

Aquella misma tarde Chambertin, con sus dos hijas, tomó el tren para Saint-Fons, residencia del señor Bertal, padre de la difunta Luisa Henry, conocida en el mundo teatral con el nombre de Liseta.

Era el señor Bertal un hombre muy raro, de un exterior poco amable. Había envejecido muy pronto, quedándose con una hija cuya infancia vigiló celosamente. Vivía en París. Al cumplir Luisa los diez y seis años, manifestó a su padre su voluntad inquebrantable de dedicarse al teatro.

El señor Bertal juró que no se lo permitiría mientras él viviese; pero la joven insistió en empezar sus estudios en el Conservatorio y su padre la echó de casa no queriendo saber más de ella.

Entonces el señor Bertal determinó fijar su residencia lejos de París, en la villa de Saint-Fons.

Por la prensa supo el dehor de Luisa, se cambió de nombre, sus primeros triunfos y su casamiento con Pedro Manin.

Su hermano menor, José Bertal, vino con dos hijos, había muerto en 1917, en la ofensiva de la Champagne, durante la gran guerra, y el señor Bertal había recogido a sus sobrinos, Blanca, que tenía quince años, y Renato, diez.

Había confiado la educación de estos sobrinos a una vecina suya, la señora Benazer, soltera cuarentona, que se había ido introduciendo en su casa y en sus asuntos particulares y ganado la voluntad del señor

Bertal, hasta el punto de parecer ella la verdadera ama de la casa, en donde pasaba más tiempo que en la suya propia.

Ahora el señor Bertal esperaba a sus nietas. Llegaron éstas acompañadas de Chambertin y fueron recibidas con frialdad por parte de Bertal; con desprecio por la señorita Benazet y con austeridad de gran casita por Blanca y Renato.

La señorita Benazet quedó constituida en maestra de los cuatro niños, y por cierto que más bien fue estricto que preceptista, maltratábales de palabras, e insultaba a las dos niñas de París, sobre todo a la mayor, a quien llamó «corticesna», recordando el oficio de su difunta madre.

Ginette sólo hallaba consuelo en la compañía de sus primas Blanca y Renato.

II

Aquel día era el santo de la difunta Liseta; sus hijas lo recordaron con tristeza. Ginette determinó llevar flores a la tumba de su madre. La tumba estaba distante de Saint-Pons unos quince kilómetros; y pensó que durante la noche podía recorrer aquella distancia y volver a la finca antes del amanecer. Aquella tarde Ginette comunicó su pensamiento a sus primas, quienes aceptaron la idea con gran entusiasmo. Cuando el señor Bertal se acordó, ellos subieron subrepticamente de la casa a arrojar las flores al mar, rezando por su buena madre. Aquella noche, después de la lección, fueron los cuatro niños al jardín y llenaron de flores cuatro cestos.

Por la noche, con gran sigilo, salieron de la finca dirigiéndose hacia el mar por la carretera.

Aun no habían caminado tres kilómetros, cuando Gaby, muerta de sueño y cansancio, se resaca de quejándose de dolor en los pies; determinaron que Renato y Gaby se quedarían en el origen de la carretera, esperando el regreso de las dos mayores. Estas iban hasta el mar, y al regreso volverían llantos a casa, así lo hicieron.

Las dos niñas recorrieron la marcha bajo un cielo azul, claro, ligero; un cielo de gual adornado con diamantes y perlas de estrellas, que incen para festejar su andada, su juventud, su maravillosa coronación

y también para festejar a la mamá, a quien su fervor va a llevar flores.

Renato y Gaby se sentaron en la verba, bajo un árbol, al lado de la carretera. El niño pretendió esperar el regreso de las dos mayores sin dormirse, y relató un cuento de hadas a su prima. Dos niños perdidos en el bosque que encontraron a un príncipe y a una princesa encantados; los niños fueron pues: los en una carroza ligera, y transportados a palacios maravillosos. El cuento era muy interesante; pero Gaby no pudo resistir al cansancio y se durmió, soñando en el príncipe encantado; al poco rato también Renato quedó dormido acariciado, en sueños, por una princesita de cabellos rubios.

Despertó Renato al contacto de una mano que se posaba sobre su hombro.

—¿Qué quiere usted de mí, príncipe encantado?— preguntó el niño.

—¿Qué buscas?— interrogó a su vez el príncipe.

—¿Qué niña más preciosa!— exclamó el hada de cabellos rubios, compañero del príncipe.

Despertó Gaby y se restregaba los ojos creyendo soñar aún al ver a los príncipes que había soñado.

Renato explicó a los extraños personajes la emocionante escapada del chabot del abuelo para que las dos niñas de París pudiesen arrojar flores sobre la inmensa tumba de su madre.

—Nosotros os llevaremos en unos minutos al mar y antes de las doce, a vuestra casa, ofreció el hada.

—¿Y mi hermano y mi prima?— preguntó Gaby.

—También, también los llevaremos; ¿queréis?

—Vamos, tontina, vamos; que estos príncipes tienen cara de buenos.

—¿No te decía yo que aún hay princesas encantadas!

Renato cogió la larga cola de la princesa y Gaby siguió al príncipe, y fueron a tomar un auto parado allí mismo, en la carretera. A poco el potente reflector descubrió a las dos niñas cargadas con dos cestos de flores cada una, caminando deprisa. El auto se paró y Ginette y Blanca quedaron sorprendidas al ver a sus dos hermanas en compañía de aquellas señoras vestidas como los condes de los tiempos medievales. Subieron al coche. Llegaron en pocos mi-

antos al mar, que se dominaba desde un inmenso promontorio curvado a pico.

Los cuatro niños arrojaron las flores al mar; luego se arrodillaron e hicieron llegar al cielo una plegaria por el alma de la madre, sepultada en aquel caos inmenso. Los príncipes lloraban emocionados. Volvieron a subir al auto, y momentos después, los príncipes encantados dejaron a aquellos cuatro ángeles en la puerta de su casa.

¿Quiénes eran aquellos personajes?... Vivían en la Villa Primavera, próxima a Beaulieu, los hermanos Luis y Odilia Bersange. El joven tenía veinticinco años y la doncella veinte. Eran huérfanos y gozaban de una posición brillante. Aquella noche iban a un baile de trajes que se daba en casa de unos amigos suyos, en el palacio de Castelmare, y en un recodo de la carretera el reflector les hizo descubrir a los dos niños que se habían dormido en una de las sillas.

Los niños habían dejado la puerta del jardín abierta. Bertal la oyó chirriar sobre sus goznes y creyó en algún ladrón. Levantóse, cogió el fusil y abriendo con cuidado la ventana que daba frente a la entrada de la propiedad, esperó. Oyóse el motor de un auto que se paró a la puerta.

Ya no hay duda... ahí están—pensó. Y en el mismo instante vio cuatro formas en la verja. Echóse la escopeta a la cara y disparó. Oyóse un grito y vio agitarse un pañuelo blanco. Retó y supo todo lo que había pasado. Josefina y la señorita Benazer acudieron también al oír las disparas. Se introdujo a los niños en una sala y, en presencia de la Benazer, el abuelo quiso conocer el verdadero motivo de la huida.

Cuando mandó retirar a los niños para que se fueran a acostar, quedó Bertal hablando con la Benazer. Josefina, la criada, llamó a Ginette y le dijo:

—Señorita, ahora hablan de usted.

Buscó Ginette y oyó como Benazer decía a su abuelo:

—Ginette es la inductora; mientras esté aquí, cada dos días tendrá usted historias de éstas. Hay que meterla en una casa de corrección.

Estas últimas palabras se le grabaron en el alma; no pudo dormir en toda la noche, pensando en su triste porvenir.

—¡No, no! pensaba—; huiré lejos; iré en busca de mi padrino. Pero encerrada... ¡nunca!...

Al día siguiente, tuvieron una sesión el señor Bertal, la señorita Benazer y el médico de Saint-Pons; a la que asistió Josefina, en calidad de oyente—detrás de la puerta, por supuesto.

El doctor, impresionado por la Benazer, después de examinar e interrogar a Ginette, convenció a Bertal de la necesidad de encerrar a la niña en una casa de corrección.

En cuanto Ginette comprendió que su abuelo se resignaba a seguir los consejos de la Benazer y del doctor, lo que supo por la discreta Josefina, determinó huir. Irió a Burdeos en cuya ciudad, y en el teatro Femina, actuaba su padrino.

Anunció su huida a su hermanita, a Blanca, y a Renato. La primera quiso ir con su hermana; mas ésta la convenció de que no podía ser, por la sencilla razón de que sólo le quedaba dinero para llegar ella a Burdeos, y lo prometió que el padrino la vendría a buscar. Sus primos la animaron para que cumpliera su propósito antes de ser víctima de la Benazer, y la ofrecieron el dinero de su hucha.

A media noche, mientras su abuelo descansaba, despidióse con fuerte abrazo de sus compañeros de infancia, y partió.

Halló cerrada la puerta del jardín y escuchó la verja. La estación estaba hacia la derecha. Sin prisas, pues tenía tres horas antes de la salida del tren, llevando su maletita, dirigióse a la estación.

Ladró un perro y se detuvo. Oyó pasos tras sí; entonces apresuró el paso. ¿Quién la seguiría?... De pronto oyó su nombre y echó a correr.

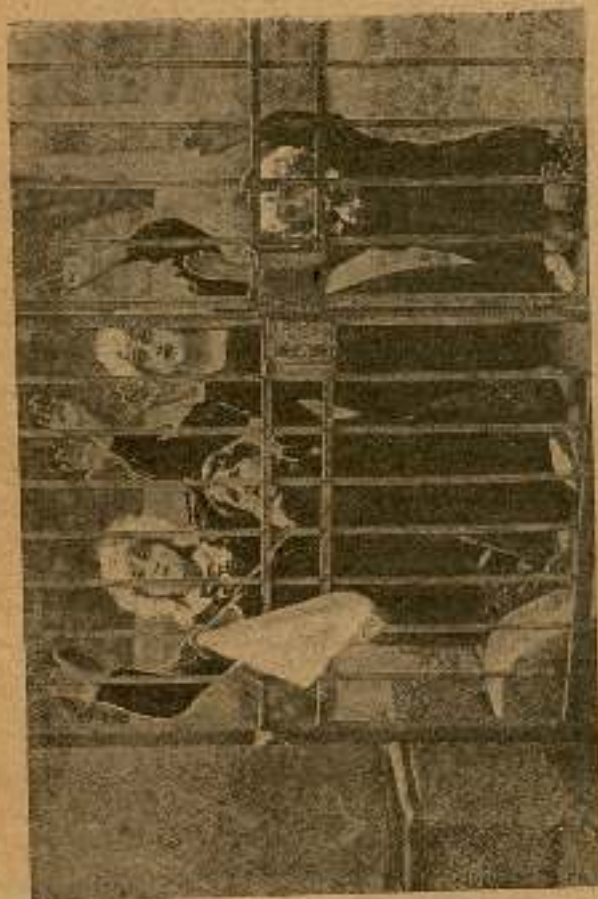
—¡Ginette!... ¡Ginette!... Soy yo, tu abuelo.

Ella no hizo caso. Su determinación era irrevocable; todo, menos ser encerrada.

La voz continuaba suplicante y la niña corría sin ver por donde iba. Escaló un talud, corrió por el suelo lleno de pedruzcos, alocada, sin cuidarse nada más que de aumentar la distancia entre ella y su perseguidor. Internóse por el camino que va a lo largo del precipicio de la Grande-Croix. Y oyó:

—¡Por ahí no!

Llegó el abuelo al borde del precipicio y ya no vio a Ginette. Sólo oyó un ¡Ay! y después ¡nadá!...



Y en el mismo instante me encuentro formando en la valla

Bertal buscó, indagó, llamó: todo fue inútil, la niña había desaparecido en el fondo del precipicio, donde rugía el torrente.

Volvió Bertal transformado desde grima de socorro a los que acudieron varios vecinos; con ellos volvió al lugar trágico, y se buscó inútilmente el cuerpo de Ginette: sólo se pudo hallar su sombrero.

Al volver Bertal a su casa, presentóse su vecina, la señora Benazer. El anciano sintió un sobresalto de cólera al verla. Ella le preguntó, sonriente:

—Pero, ¿qué le pasado?

—¡Calle usted, miserable! Usted es la causa de su muerte!

Al conocer el fin trágico de Ginette, los niños quedaron consternados.

Al día siguiente, Bertal, Blanca, Renato y Gaby salieron para París sin despedirse de la Benazer. Y para despistarla tomaron billete para Marsella.

Al llegar a París, la pequeña Gaby escribió a su padrino la noticia de la muerte de Ginette y su traslado a París.

III

Todo es movimiento en la «Villa Primavera», espléndida mansión, cercana a Resulica. Los Bernanos Luis y Odilio Bersange están al lado de la cuna de la enfermita.

—¿Qué le parece, doctor?

—Ayer tenía una congestión cerebral, hoy está ya fuera de peligro. ¿No le explico ella el pericance?

—Aún no ha podido. Créame, doctor, que es incomprendible que no muera en el acto. ¿Usted conoce la altura de la Grande-Combe, cerca de Saint-Pons? Pues desde el camino alto cayó dando tumbos hasta el torrente en donde yo pasaba la noche con unos amigos, pescando truchas. Cuando la pesqué y la llevé a mi auto que esperaba allí mismo, la creía muerta.

—Pero, ¿quién es esta niña?—preguntó el doctor.

—Nosotros la reconocimos. Hacía pocos días la habíamos acompañado hasta el mar con una hermanita suya y dos primos...

El señor Bersange contó la escena del hallazgo de los niños en la carretera y de las flores.

—Ayer fui a Saint-Pons—prosiguió Bersange—; la

casa está cerrada y me dijeron que sus habitantes han ido a Marsella. Aquí se oculta un drama.

—Lo principal es salvar a la niña—añadió Odile—; luego ella misma nos dirá si existe alguien de su familia.

Algunos días después Ginette hallábase en plena convalecencia. Ya había puesto en antecedentes a los señores Bersange de su situación y de la existencia de su padrino que se hallaba en Burdeos. Como el señor Bersange le preguntase por su padre, la niña se echó a llorar, y dijo entre sollozos:

—Mi padre estaba separado de mi madre y no sé dónde se halla.

Hacíble Ginette a su padrino, contándole todo lo que ya conocemos y su estancia en Beaulieu.

Aquel día los señores Bersange debían pasar la noche fuera de Beaulieu, invitados a una fiesta. La servidumbre también salió, aprovechando la festividad del día. Sólo quedaban en la finca Ginette y su enfermera.

Terminó la carta para su padrino y Ginette ordenó a la enfermera la llevase al correo, para que alcanzase el del amanecer. La enfermera se negaba a dejarla sola; pero ante las reiteradas súplicas de la niña, dijo:

Bueno, iré. Pero no toque usted este revólver de la mesita de noche, pues está cargado. Los señores me lo han dejado al irse.

Salió la enfermera. Ginette pasóse a leer. No habían transcurrido diez minutos, cuando oyó pasos en los bajos. Escuchó atentamente y oyó ruido de llaves. Cogió el revólver, bajó sin hacer ruido y al asomarse al salón, ¡horror!, un hombre estaba delante de una vitrina abierta, sobre la que proyectaba los reflejos de una lámpara sorda. Ginette se estremeció; pero reaccionó al pensar en las bondades que había recibido de los señores Bersange. Apuntó con el revólver y al mismo tiempo que abría el conmutador dando luz a la sala, gritó:

—¡Alto!

El ladrón volvióse rápido y exclamó:

—¡Oh!... ¡Ginette!

—¡Tú!... ¡Papá!

Era, en efecto, Pedro Manin. La niña le gritó:

—¡Vete, vete! Pero sin llevarte nada. No saldrás de aquí si no dejas lo que llevas.

Manin hizo ademán de irse; en aquel instante llegaba la enfermera y al no hallar a Ginette en su cuarto la buscó por toda la casa gritando:

—¡Señorita Ginette! ¡Señorita Ginette!

Padre e hijo se escondieron detrás de una cortina, después de apagar la electricidad.

Entró la enfermera en el salón y abrió la luz.

—No se escanda, señorita Ginette, ya la veo detrás de la cortina.

La enfermera levantó la cortina. Manin echóse encima y cogiéndola por el cuello, la arrojó exánime en medio de la sala. Ginette gritaba:

—¡Socorro!... ¡Asesinos!

Y siguió a su padre hasta el jardín dando estos gritos. De pronto Manin se volvió, acordado a su hija con un pañuelo y llevola en vilo hasta un auto que esperaba en la carretera. Cuando hubo acomodado en el coche a su hija, que iba desmayada, dijo al que estaba en el volante:

—¡Laurigle, a Marsella!

Al amanecer, entraban en Marsella sin que Manin declarase a su compinche quién fuese aquella niña.

IV

El señor Bersange y su hermana llegaron algo después de las doce y extrañáronse sobremedura al encontrar toda la servidumbre levantada.

Fueron puestas al corriente de lo ocurrido y del ruego de Ginette. Bersange constató la desaparición de algunos objetos raros de la vitrina.

La enfermera, juzgando por algunas circunstancias, manifestó su creencia de que Ginette estaba en connivencia con el ladrón. Bersange desechó esta idea: su corazón le decía que Ginette era inocente; aunque las apariencias la condenasen.

No quiso Bersange dar parte a la policía. Llamó a un detective particular, amigo suyo, el señor Triol, para que procurase buscar a la niña, cuyo paradero le preocupaba.

Triol interrogó a la enfermera:

—Dice usted, señora, que la niña insistió en alejarse de la casa?

—En efecto, creo que no había ninguna necesidad.

de echar la carta la misma noche, a pesar de mis observaciones ella insistió para que me fuera. Le hubiese sido fácil contestar a mis llamadas y pedir socorro. Además, la tía tenía un revólver cargado en la mano y no hizo uso de él.

—Y dónde estaba la niña cuando usted entró en el salón?

Estaba escondida con el ladrón detrás de una cortina.

Triol certió sin pestañear:

—No hay duda de que Ginette es una cómplice.

Sin embargo, Bersange y su hermana se mantenían en su opinión de que Ginette era inocente.

El teatro Femina, de Burdeos, estaba de bote en bote. Chamberlin estrenaba aquella noche un nuevo sketch.

Se caracterizó Chamberlin, cuando le entregaron una carta; reconoció la letra: era de Gaby. La leyó; cayó sentido, tembloroso, con la boca abierta, ahogado como le cera; le decía Gaby que Ginette se había fugado de noche en un torrente y se había ahogado. El avisador gritó:

—Chamberlin, a escena.

Pero el cómico quedó impassible; el público se impacientaba, gritaba, palataba. El director de escena fué al cuarto del artista:

—Chamberlin, anda pronto, que pasa ya de la hora.

No trabajo esta noche.

—¿Cómo?

Acabo de enterarme de la muerte de mi ahijada, la hija mayor de Liseta y... no puedo trabajar.

El director de escena anunció al auditorio que Chamberlin estaba indispuerto; pero el teatro se venía abajo a causa de la formidable protesta.

En aquel instante entregaron a Chamberlin un telegrama. Lo abrió y leyó: Padrino: Telegrama a Gaby, cuyas señas ignora, y díle que me ha recogido el señor Bersange, a Villa Primavera, Beaulieu, en donde estoy convaleciente. Muchos besos. Sigue carta.—Ginette.

Chamberlin salió al pasillo y dijo al director:

—Avisen al público que salgo enseguida.

Aquella noche tuvo Chamberlin el mayor triunfo de su vida.

Dos días después, terminada la contrata en el Femina, Chamberlin voló a Beaulieu. Llegaba a la «Villa Primavera», gozoso por poder abrazar a su buena Ginette; pero tuvo una decepción: Ginette, no obstante su aviso telegráfico, no había salido a la estación. «¿Está aún enferma?»—pensaba.

Al llegar al chalet del señor Bersange lo recibieron éste y el detective Triol. Ambos pusieron en antecedentes al cómico de cuanto había pasado. Triol manifestó su creencia de la complicidad de Ginette, a lo que contestó Chamberlin rotundamente:

—No, no; imposible. Que venga la enfermera.

Cuando ésta hubo relatado las incidencias del robo, Chamberlin lo comprendió todo: no le cabía duda; Pedro Manin era el ladrón.

Quedó ensimismado y tuvo deseos de manifestar su pensamiento; pero, por otra parte, no quería divulgar un secreto que podía dañar la reputación del desgraciado Manin.

—¿Qué le parece?—preguntó el detective.

—Lo comprendo todo: ahora estoy más convencido de la inocencia de Ginette.

Como el detective acogiese esta salida con una sonrisa de incredulidad, y con el fin de rehabilitar a Ginette, se determinó Chamberlin a manifestar su pensamiento: relató el casamiento de Liseta, su divorcio, la vida depravada de Manin y la posibilidad de que fuera él el ladrón y raptor de su hija. Bersange y Triol quedaron convencidos: Ginette era inocente. «¿Cómo iba a hacer ella fuego contra su padre?»

Antes de despedirse Chamberlin, se recibió una carta de Gaby dirigida a Ginette dando la dirección del domicilio del abuelo, «Villa Paradou», en Chénouères, cerca de París.

Bersange prometió a Chamberlin hacer lo imposible para buscar a Ginette, y le rogó le pusiese al corriente de las indagaciones que él hiciera en París, a donde se dirigió.

Ginette había sido conducida a Marcelha, a la infesta buhardilla donde tenía su guarida una cuadrilla de ladrones tan peligrosos como Manin, Lastringle y compaña.

Manin se pasea, con un traje andrajoso, delante de su hija, vestida polidamente, que está sentada en-

cima de un fardo de trapos. Se acerca a ella y le pregunta:

—¿Tienes frío?

—Sí.

—¿Quieres fumar algo caliente?

—No, déjame. Quiero que dejes esta vida de criminal.

—Perdóname, Ginette, hija mía. Tú no comprendes los compromisos que tengo. No te hago ningún daño. Te quiero mucho, Ginette.

—Si me quieres, cambia de vida.

—Sí, hija mía, sí; huyamos los dos. Iremos a París y allí intentaré nueva vida.

—Sí, sí; huyamos.

Llamaron a la puerta con una señal conocida. Lastinglé entró, dejando encima de la mesa un fajó de billetes.

—Hemos hecho buen negocio; las foras que cambiaste en Saint Fons eran antiguas y de gran valor. Ginette se levantó, tomó el dinero y dijo, guardándose en el seno:

—Este dinero no les pertenece a ustedes; yo me encargaré de remitirlo al señor Marsange.

Lastinglé se abalanzó sobre la niña; pero Marin se interpuso. Aquél sacó una taca y en el momento en que iba a pasar al segundo, llamaron a la puerta voceando:

—En nombre de la ley, abrid.

Los dos hombres saltaron al tejado por un ventanillo. Los policías abrieron a viva fuerza.

Procurad coger a esos bribones, señor al tejado. Yo me quedo aquí—gritó el inspector Lasseigne.

Este cogió a Ginette por las muñecas y mirándola fijamente, le dijo:

Yo te recuerdo, bribonzuela; tú me engañaste en Nuestra Señora de la Garde, cuando yo buscaba a Marin; ahora veo que eras su cómplice. Bien me engañaste. ¿Cómo te llamas?

—Ginette.

—¿Qué más?

—.

—¿No quieres cantar?... Ya te explicarás delante del juez.

Entonces Lasseigne cogió a la niña por el brazo y bajó la escalera.



Ginette se levantó, tomó el dinero y dijo: Este dinero no les pertenece a ustedes.

Al llegar al primer piso, Manin cayó sobre el policía a quien derribó de un terrible puñetazo. Cogió por la mano a Ginette y corrió hacia la estación de San Carlos.

El señor Bertal—que había alquilado una casita en Chennevières, la «Villa Paradoux»—recibió un telegrama en que Chambertin comunicaba que Ginette estaba salvada y que él salía para Saint-Pons. Esperaba Bertal impaciente noticias del padrino de las niñas, cuando se presentó en la «Villa Paradoux» el mismo Chambertin, con gran alegría de Gaby y contento de todos los demás, que bien pronto se convirtió en tristeza por no haber traído a Ginette. El código hizo esperar a los niños que la hermana de Gaby aún se hallaba delicada. Pero llamando aparte a Bertal contó toda la verdad con los más minuciosos detalles: Manin había rapado a su hija, después de robar en casa del señor Bersange.

V

Vivía Chambertin en la Avenida de Carlos Floquet. Aquella mañana presentose en su casa un policía que venía a investigar el paradero de Ginette Manin, como cómplice de su padre, a quienes buscaba la policía de Marsella. Chambertin defendió a su ahijada con tesón. Mientras conversaba con el agente, Sofía, la criada, hizo irrupción en el recibimiento, gritando:

—Señor, venga deprisa; Ginette está aquí.

Ginette, porisimamente vestida, acababa de llegar. El policía quiso llevarse a toda costa. Pero una estratagemas de la criada, que encerró al policía en una habitación, dio tiempo a Chambertin y a Ginette para ponerse en salvo; ésta dijo a su padrino:

—Papá espera en la entrada.

En efecto, allí lo encontraron. Los tres subieron a un taxi; Chambertin ordenó al chófer:

—A Chennevières, «Villa Paradoux».

Durante el camino Manin contó al artista cuanto había pasado; sin omitir la influencia que la bondad y consejos de su hija habían ejercido sobre su ánimo; ahora estaba dispuesto a cambiar de vida, a trabajar, rompiendo con sus compinches de depravación.

Al llegar cerca de las fortificaciones, Chambertin dijo a Manin:

—Ahora yo llevaré a Ginette con su abuelo; usted, Manin, se ocupará en las fortificaciones.

—Pero, ¿qué va a ser de papá?—observó Ginette,—si no tiene ni un franco para comer?

—De eso me encargo yo.

Y Chambertin sacó de su cartera quinientos francos que entregó a Manin, diciendo:

—Tome, Pedro. Esta noche, a las diez, nos volveremos a ver en este mismo lugar.

Al bajar del auto Manin dijo a su hija:

—Te juro, hija mía, que haré todo lo posible para que olvides lo que he sido.

—¡Adiós, papá!

Vagó Pedro Manin a la ventura. Pero al llegar a la esquina de la calle de Label, vio la tienda de un ropavejero. A ella se encaminó. Proveyóse de un equipo completo de obrero parisiense y salió de allí transfigurado después de gastarse cinco francos. En el boulevard South, entró en el cafetín de la tía Michaud.

El ropavejero, llamado Amadeo, apenas desapareció Manin, pasó rápidamente revista a las ropas que éste había dejado. Al examinar el pantalón vio escrito cerca de la hebilla: *Pedro Manin*. El ropavejero conocía de reputación al exconvicto. Los periódicos habían hablado mucho de él; desde su divorcio con la actriz Lisette Fleury, la policía le buscaba. Mientras estaba Amadeo dando vueltas a estos pensamientos, colgó el pantalón a la entrada. Mas éste no quedó mucho tiempo ocioso: un vagabundo se enamoró de él; lo cogió y echó a correr.

Con un pantalón bastante más decente que el abandonado al pie de las fortificaciones, y con el bolsillo sin blanco, feóse el mendigo a casa de la tía Michaud, en donde Manin almorcaba en aquel momento, y pidió le sirvieran de comer.

El vagabundo, que estaba cerca del mostrador, de un salto se puso, navaja en mano, frente a la dueña, pretendiendo robar el dinero del cajón; ésta dio gritos de ¡sacuerdo!... Saló Manin. De un manotazo hizo saltar la navaja de manos del ladrón, luego pególe un cabezazo en el pecho que le hizo caer de espaldas; dió el vagabundo, al caer la cabeza contra el canto de la mesa de mármol y quedó inerte. La tía Michaud dijo a Manin:

«Váyase, muchacho... Le debo a usted la vida... El día que necesite algo venga a verme».

Manin marchó apresuradamente, mientras la Michaud, en la puerta de su establecimiento, gritaba: — ¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Asesina!...

El excoñito topó, en el camino, con el viejo Armado que iba a presentar una denuncia contra el que le había robado el pantalón.

La policía interrogó a la Michaud y procedió a la identificación del cadáver. En el pañuelo constaba el nombre del difunto: Pedro Manin. Además, en uno de los bolsillos del pantalón hallaron el recorte de una revista con las fotografías de Liseta Fleury y sus dos hijas: no cabía duda: el muerto era el conocido ladrón Pedro Manin. Al día siguiente la prensa publicaba la noticia de la muerte del esposo de Liseta Fleury.

VI

Indescribible fué la emocionante alegría que experimentaron los habitantes de la «Villa Paradiso» al recibir a Ginette. El abuelo pidióle perdón por haber sido la causa de todo lo que le había pasado a la niña. — Todo por haberse dejado engañar por aquella mujer sin corazón, la señorita Bonaver!

Chambertin contó al señor Bertal como la niña había sido salvada por Bersange: el robo de Manin; el rapto de Ginette por aquél; su captura en Marsella y cómo fué liberada por su padre que la había traído a París. Hizo notar que la policía, creyendo culpable a Ginette, la buscaba y la conveniente que era esconderla para que no la explotaran.

Renato avisó a Bertal y a Chambertin que dos policías rondaban la casa, y mientras comunicaba esta noticia llamaron a la puerta. No cabía duda: la policía había llegado a saber el paradero de la hija de Manin, y venía a por ella. Chambertin la cogió por la mano y condujo al jardín mientras abrían a la policía.

«Oh, sorpresa!... Blanca, Renato y Gaby vieron entrar en la casa al príncipe encantado, en compañía de otro caballero. Los tres niños se arrojaron en brazos del señor Bersange, salvador de Ginette. Chambertin saludó y reconoció al detective Triol en el caballero que iba con Bersange.

Este pregunta por Ginette; mas Chambertin le contestó que la niña no quería acudir porque iba mal trajada y además tenía que el señor Bersange la viese en mala opinión por los sucesos acaecidos en su casa, el día de la desaparición de Ginette.

— Pero, ¿sabe ella que estoy aquí? — preguntó Bersange.

— Lo sabe — contestó Chambertin —; ambos estábamos en el jardín cuando ustedes han entrado, y ella le ha visto a usted.

— Conduzcame al jardín.

Bersange fué al encuentro de Ginette, la cogió al vuelo, le pidió perdón con lágrimas en los ojos.

Siempre creí que usted era inocente, Ginette. No tengo que perdonarle nada.

Después de larga deliberación entre Bertal, Chambertin, Bersange y Triol, se determinó que el padrino y Ginette irían a la casa que Bersange poseía en París.

Ginette fué equipada con ropas de su prima Blanca; y, con su padrino, el detective y Bersange, fueron en auto a casa de éste.

Al bajar del auto, Chambertin compró un diario de la noche y quedó petrificado al leer la noticia de la muerte de Pedro Manin; noticia que ocultó a su hija. Pero aquella noche Chambertin tenía dada una cita para las diez a Manin y había prometido a Ginette que la llevaría para que se despidiera de su padre, que pretendía ir al extranjero. Consultó el caso con Bersange y quedaron en que acudirían los tres, y al no hallar a Manin darían cualquier excusa a la niña. Así lo hicieron; pero la sorpresa fué grande para el señor y para Bersange: Pedro Manin, que ellos creían muerto, estaba allí. Manin abrazó a su hija y explicó el hecho que había motivado el error de la policía.

Ahora que me creen muerto, voy a cumplir la promesa que he hecho a mi hija: me pondré a trabajar y me rehabilitaré.

Bersange le entregó su tarjeta por si un día le necesitaba; Ginette abrazó a su padre y éste fué a una de las fondas que ocultan los bulevares exteriores para pasar la noche.

A las siete de la mañana siguiente, presentóse Pedro Mappin a la tía Michaud.

—¡Hola! ¿Usted aquí? ¿Qué hay de nuevo?
—Vengo a pedirle trabajo. Usted me dijo que no tenía más y yo me ofrecí. Pero debo confesarle que no tengo ningún certificado de trabajo.

—Ni tampoco se lo exige. Usted me lo salvó la vida y basta. Tengo ahí unos documentos a nombre de Luis Michaud, sobrino mío, que ha muerto... Tengo, amigo; desde hoy se llamará usted Luis Michaud.

Marin empezó una vida nueva, vida de trabajo, de regeneración. Aquella misma noche escribió a Ginette y a Chambertin, notificándoles la nueva orientación de su vida y su cambio de nombre.

El padrino y Ginette fueron a verle y le manifestaron—sin que la tía Michaud se enterase—su contentamiento por su determinación.

VII

—Enfermera, ¿cuánto tiempo hace que estoy en esta cama?

—Tres semanas aproximadamente.

—¿En dónde estoy?

—En Port-Salé, en el hospital Abbás.

—¿Cuánto tiempo hace que naufragó el *Himantia*?

—Hace unos veinticuatro días.

—¿Nos salvaron muchos?

—Sólo usted y un cocinero francés llamado Mangars. Este saldrá mañana para Marsella y de allí irá a París donde vive su tío.

Quiero verle antes de que parta, pues le daré un recado para sus hijas.

—¿Tiene usted hijas? ¿Quiere que les mandemos un telegrama?

—Sí, sí. A lo mejor me crestarán muerta.

Y Liseta Fleury dictó este telegrama:

Chambertin. Carlos Floquet, 36. Estoy salvado en Port-Salé, Hospital Abbás. Aviso a las niñas. Cuando esté en disposición, saldré para esa. Aviso Crédit Lyonnais remesa fondos.—Liseta.

Al día siguiente Liseta recibió dos telegramas, uno de Chambertin y otro de sus hijas, los cuales le colmaron de dicha; lloró de alegría y de emoción al saber que sus hijas vivían con su padre y ardía en deseos de volar a París.

Antes de partir para Francia el cocinero Mangars se entrevistó con Liseta. Esta le dio el recado espe-

cial de visitar a su familia y anunciarles que dentro de tres semanas estaría en su compañía.

Llegó Mangars a París y corrió a abrazar a su tío, Amadeo, el ropavejero de la calle de Sahel.

Mangars contó a su tío el naufragio del *Himantia*; su salvación y la de la tiple Liseta Fleury a cuyas hijas debía ir a ver. Al oír este nombre, el prebendado se frotó las manos de gusto, diciendo:

—Bien, se me presenta un negocio de órdago. Y sin decir más se vendió la cara con un puñetazo, se puso unas gafas negras y preguntó:

—¿Me conoces ahora?

—No, tío, no; ni su madre le conocía.

—Vamos, pues.

Dirigiéronse al boulevard Soult, a casa de la tía Michaud. Amadeo pidió dos vasos de vino, y cuando el mozo los hubo servido, el prebendado dijo a su sobrino:

—Este mozo es el esposo de Liseta Fleury.

—Buena, ¿y qué?

—¿Y qué?... Que tenemos en nuestras manos un Porosé. Y lo vamos a explotar. Vámonos; ya te explicaré.

He aquí el plan del astuto prebendado:

Pedro Martin, ladrón profesional, se hacía pasar por desaparecido de este mundo, para despistar a la policía; sin embargo, él, Amadeo, sabía que Pedro Martin vivía y además, que él había sido el autor de la muerte del vagabundo que había roto el pantalón al prebendado.

—Si Liseta Fleury—prosiguió Amadeo—no quiere ver todo en nombre en un proceso escandaloso, tendrá que entregarme un buen poco. De este dinero una parte será para la dote de mi sobrina Flora que ahora vive en Chaligny y que se ha de casar contigo.

Al día siguiente, Mangars fué a Chennexvères a visitar a la familia de Liseta Fleury. Todos lo recibieron con muestras de gran regocijo. Chambertin y Bessange estaban presentes. Mangars contó el suceso del naufragio, ponderando ciertas detalles de su invención que le daban importancia, y haciéndose pasar como el salvador de Liseta. Se le recibió a la vez y se le agasajó como a uno de la familia.

Durante la comida se recibió un telegrama de Li-

seta anunciando su llegada a Marsella para el 24 de junio.

Tres días después volvió Mangara y preguntó por las niñas. Como la criada le dijo que estaban dando un paseo en barca por el río, allí se dirigió.

Habló a las cuatro y les hizo una señal para que se acercaran. Hicieronlo así; y Mangara manifestó a Ginette que deseaba hablar a solas con ella. Separáronse él y Ginette.

Señorita, su padre se va esta noche al extranjero y antes desea despedirse de usted y de Gaby.

—¿Se va?

—Sí, pero me ha dicho que esta noche, a las doce, quiere ver a sus hijas; y me ha mandado que las venga a buscar; pero sin que nadie se entere.

—¿Ni Chamberlin?

—Nadie; ustedes dos saldrán de su casa sin ser vistas, a las doce en punto; yo esperaré en un auto.

—Bien está; hasta las doce.

Se hizo como Mangara había indicado. A las doce las niñas salieron de casa de su abuelo sin ser vistas y subieron al auto en el que esperaba el excochino y su tío Amadeo, el repavejero.

A los pocos minutos, y sin saber cómo, se hallaron ambas niñas ancladas. El auto se paró ante una casa aislada de Chaligny. Mangara y su tío apuraron a Ginette y a Gaby, que apuraron gran resistencia.

Las introdujeron en una habitación donde habían dispuesto una mesa con recado de escribir.

Se trata—dijo el viejo Amadeo—de que su padrino y el señor Bersange son muy ricos, y nosotros somos unos pobres diablos. Píeme este papelito que llevaremos a su padrino, y él nos dará el dinero que necesitamos.

El billete que había encima de la mesa decía: *Padrino: no estamos muertas. Da lo que te pidan, para tenernos antes de que vuelva mamá.*

Ginette se negó a firmarlo. Entonces el viejo gritó asomándose a la puerta:

—¡Flora!—¡Flora!—y volviendo al lado de las niñas dijo: ¡Ahora firmad!

Apareció una señora sonriendo con sarcasmo. Ginette y Gaby se estremecieron; tenían delante de sí a la señorita Bernzer. Ginette apretó a Gaby contra su pecho.

—He oído que se negaba usted a firmar—dijo la Bernzer—. Mangara, coge a esta chiquilla y... ¡a la bodega!

En el momento en que Mangara cogía a Gaby, Ginette exclamó:

—No, no; ya firmaré.

Ginette firmó. Amadeo cogió el papel y fué con Mangara después de decir a la Bernzer:

Cuida de ellas con el mismo cariño que hacías en Saint-Hons.

Después de dirigir a las niñas media docena de insultos, la Bernzer les dijo:

Aquí tenéis una cama; podéis acostaros.

No pudo acabar la frase. Ginette cogió elintero y lo arrojó al rostro de su carcelera, que quedó cegada, sacando vista. Ginette se llevó a Gaby, salieron y cerró con llave a la Bernzer, huyendo de aquella casa.

VIII

¿Dónde dirigirse a aquellas horas?... ¿Dónde estaban? Anduvieron a la ventura internándose en un bosque. Allí pasaron la noche bajo un árbol. Al despertar el sol salieron del bosque y anduvieron por la carretera; en un mojón, a la entrada de un pueblo, leyeron: Chaligny. Entraron en el Hotel de los Vigantes. Ginette pidió para telefonar; pero se le dijo que la comunicación no estaba abierta hasta las ocho. La hostelera les introdujo en un cuarto de la planta baja y Gaby se acostó.

En aquel mismo instante Amadeo entraba con el billete firmado por Ginette en casa de Chamberlin.

Con una desfachatez asombrosa al prenderlo manifestó sin rodeos que tenía secuestradas a las niñas en compañía de su sobrina Bernzer y que no las soltaría sino le entregase cincuenta mil francos. Chamberlin amenazó con avisar a la policía y Amadeo contestó:

—Me alegraré mucho, porque así se enterará la policía de que Pedro Manin vive y podrán echarle el guante.

Comprendió Chamberlin que por las malas no ganaría nada. En aquel instante llamaron al teléfono; era Bersange que avisaba al cómico de la desaparición.

ción de las niñas. Esto le contó lo que pasaba y que le exigían cincuenta mil francos para su rescate. Bersange se ofreció a pagar aquella cantidad y le manifestó que iba a verlo.

En efecto, un instante después Amadeo, Chambertin y Bersange, en el auto de éste, fueron a Chaligny.

Flora Benzer estaba aun encerrada en la habitación, que abrió Amadeo. La sobrina, completamente desfigurada, explicó la huida de las niñas.

—Ya que he perdido con las niñas—dijo el prendero a Chambertin—, ganaré con el padre.

Tomaron el auto Chambertin y Bersange y se dirigieron a casa de la tía Michaud.

IX

Entre tanto, en el Hotel de los Viajantes, Ginette y Gaby se desayunaban en el cuarto donde habían sido hospedadas.

En la parte de afuera, tocando a la misma ventana donde estaban las niñas, sentábase en una mesa un hombre y una mujer. eran Amadeo y la Benzer. La ventana estaba abierta y la cortina echada. Ginette oyó que pronunciaban el nombre de su padre; miró por entre la persiana y reconoció a sus poseedores.

Amadeo decía:

—Ya que las niñas han escapado, entrará en juego Pedro Manin. Recuerdo el ultimato que mandó al jefe de Seguridad: *Pedro Manin no ha muerto. Mató a un hombre y lo hizo pasar por sí. Vive en Boulevard Saint, 30, en casa de la señora Michaud.*

Encerró el pliego en un sobre dirigido a la Jefatura de policía, levantóse y se dispuso a echarlo en el buzón que allí había.

En aquel instante apareció Ginette en la ventana con gran estupefacción de los dos personajes. Se ofreció en rehén con la condición de que no echasen la carta, y fué con ellos, después de dejar un papel prendido en la almohada sobre la que reposaba Gaby en el que decía que se iba con la señora Benzer ofreciéndose para que no perdieran a su padre.

Una hora después Bertal, Blanca y Renato llegaban al Hotel de los Viajantes llamados telefónicamente por Ginette, en donde llamaron a Gaby dormida y se enteraron por el valiente del paradero de Ginette.

Chambertin y Bersange, al salir de casa de la Benzer, se dirigieron al café donde servía Manin. Convencieron a éste de que les siguiera y fuéronse los tres a casa de Bersange. Allí llegó Bertal con los tres niños y les enteró de la captura de Ginette. Manin comprendió que la niña se había ofrecido en rehén para que el prendero no perjudicara a su padre y dijo a los presentes:

—Me voy. Si dentro de dos horas no saben nada de mí, hagan pasos para encontrar a Ginette; entre tanto, esperen.

Y fuése Pedro Manin a casa del prendero. No había más que la vieja criada a quien podía le vendiera un revólver. Cuando lo hubo comprado salió y esperó en los alrededores. Al poco rato vio llegar a Mangars, y un instante después entró en la tienda el propio Amadeo, la Benzer y Ginette. Entonces entró él en la tienda. Su hija se echó en sus brazos.

Aproximando con el arma al prendero, le ordenó:

—Mande inmediatamente a esta niña que salga.

Amadeo, amedrentado, dijo:

—Váyase, váyase pronto, señorita, no quiero que por su culpa me frian los sesos.

—Tome un coche y veta a casa—mandó Manin.

La niña salió después de besar a su padre; éste prosiguió, aproximando con el revólver.

—Se que esta persecución la salva mi familia por mí; pues bien, ahora quiero me voy de este mundo. Manin se puso el niño en la sien.

—No, no—gritó Amadeo—, un momento. ¿No podría ir a costarse a otro sitio? Si usted se mata aquí yo tendré que declarar su nombre, y su familia será denigrada. Arrójese al Sena y nadie sabrá...

—Está bien. ¡Adiós!

Y salió Manin. Vagó durante una hora. Quería matarse; pero el pensamiento de sus hijas le retuvo.

Llegó frente al Hospital de la Piedad y se detuvo. Entró en el establecimiento y se presentó al médico de guardia.

—Vengo—le dijo Manin— a ofrecer mi cuerpo por si quieren hacer un experimento; me quiero matar y prefiero que la ciencia se aproveche de mi cuerpo.

El médico creyó que se hallaba delirante de un loco; pero tanto insistió Manin, que el doctor le dijo:

—Tenemos una parturienta que se muere por no-

nuevos a causa de una gran hemorragia; si usted quiere prestarse a dar su sangre para salvarla.

—Sí, señor, sí; con mucho gusto.

Y con un heroísmo estoico, Pedro Manin prestóse a la operación de la transusión de su sangre que operó el milagro de salvar de la muerte a una pobre mujer.

X

En tanto que Manin se imponía voluntariamente aquella cruenta penitencia para rescatar sus culpas, Chamberlin y Bersange almorzarán en la avenida de Carlos Floquet. Hablaban de Manin cuando llamaron a la puerta. Era Ginette. La niña contó a su padrino y a su protector lo que había pasado, y cómo su padre se había quedado en casa de Amadeo. Chamberlin telefoneó a Bertal, quien contestó que iban todos a casa de Chamberlin para ver a Ginette.

—Y—añadió—diga a Ginette que no olvide que esta noche saldremos para Marsella, pues mi hija llegará allí mañana.

Chamberlin temía que a Manin le hubiese acaecido algún percance y se dispuso a ir a la prendería.

Ginette quedó sola con Bersange por primera vez desde que conoció al príncipe encantado.

—Señor Bersange, antes le podré pagar cuanto ha hecho por mí.

—Ya estoy bien pagado con tal de que usted me quiera un poco.

—Sí, le quiero mucho, mucho.

—¿Como a buen amigo?

—No, no; no sé cómo decirlo. Más que a un amigo, más que a un hermano.

La llegada de Bertal acompañado de Blanca, Renato y Gaby interrumpió este diálogo.

Cuando Chamberlin llegó a la tienda de Amadeo, Mangara y la Benazer estaban en la trasvenda; al ver cómo preguntaba el cómo por Manin, Mangara salió de puntillas con un lienzo y se lo echó encima, y ayudado por Flora, lo ataron fuertemente a una silla; lo metieron juntamente con la silla en un saco y, como un fardo, lo cargaron en el camión que diariamente llevaba fardos de trapos a Argenteuil, en donde Séfora Benazer, hija de Amadeo, era dueña de una verdadera ciudad de los trapos. Séfora recibió

al propio tiempo una carta de su padre en la que le explicaba el significado de aquella renuncia viviente, y ordenándole que lo pasase a buen recaudo.

Séfora hizo desatar al camión y, apuntándole con un revólver, lo encontró en unas sótanos. Chamberlin no podía escapar. Cuando fué el mozo a llevarle la comida, armado con una pistola, el artar se hizo el muerto: estaba extendido en la cama con el brazo derecho caído fuera del techo. El criado le llamó y al no contestar, creyólo muerto, dejó la pistola encima del cesto que contenía la comida, y fué a palpar el pecho del artista; entonces éste agarró por el cuello al mozo y arrojólo contra la pared, dejándole muy mal parado; salió, echó la llave yuyó. Pero antes de salir de la ciudad de los trapos, notó, sin ser visto, que una multitud de trabajadores sacaban, de entre los fardos de trapos, toda clase de objetos, como máquinas de escribir, lanas de conservas, barras de jabón, etc., procedentes del robo. Séfora Benazer, juntamente con su padre, Mangara y Flora Benazer, constituían una banda de ladrones que se dedicaban también al *chantage*.

XI

Mientras Chamberlin era transportado, a guisa de fardo, en un camión hacia Argenteuil, Bertal, Ginette y Gaby eran despedidos en la estación de Lyon, por Bersange, Renato y Blanca. El abuelo y sus dos nietas se dirigían a Marsella para recibir a Liseta Fleury.

Mientras abuelo y nietas dejaban estar llegando a Marsella, Bersange y Chamberlin se disponían a salir de casa del último para ir a la Prefectura de Policía para declarar a Amadeo y a los suyos.

En el momento en que salían de casa, dieron con un caballo que preguntaba por Chamberlin: era un médico del Hospital de la Piedad que venía de parte de Manin. El médico explicó cuanto había pasado, hablando del hermano de Pedro y comunicándoles que tenía vida para pocas horas.

Chamberlin y Bersange fueron al Hospital. El pobre Manin estaba muriéndose, pero les reconoció y preguntóles con voz apagada:

—No quiero morir sin ver a Liseta y a mis hijas.

—No han de tardar.

El moribundo estrechó las manos de los visitantes

y éstos salieron emocionados. Dirigiéronse a la Prefectura donde denunciaron a la banda de ladrones capitaneada por Amadeo.

En la prendería de Amadeo están reunidos con el suposero, Mangera, Flora y Séfora. Esta explica a su padre la huida de Chamberlin; en aquel instante el cómico apareció en la puerta de la tienda con una sonrisa burlona en los labios y las manos en los bolsillos.

Los presentes dieron un paso para arrojarle sobre él; mas sacando la mano del bolsillo, les tuvo a raya, apuntándoles con un revólver, mientras les echaba en cara mil demeritos.

Acompañados por Bersange, llegaron los agentes de la autoridad, quienes esposaron a toda la banda y los llevaron a la cárcel.

Llegó Liseta Fleury a Marsella desgarrotándose en el cuello una escena conmovedora al volver a abrazar a sus hijos.

—Y el muchito... ¿Por qué no ha venido?—preguntó Liseta.

—Estaba con nosotros—respondió Ginette—, pero al divisar el buque se ha ido al Hotel. Allí te espera.

Cuando Liseta entró en el cuarto donde su padre esperaba con lágrimas en los ojos, éste se arrojó a sus pies y pronunció una sola palabra:

—Perdón!

La hija se arrojó en los brazos de su padre y quedaron largo rato unidos, sin articular palabra.

—Hoy, padre mío, es el día más feliz de mi vida!

Bertal explicó a su hija la conversión de Manin, milagro operado por Ginette.

En el primer tren salieron para París. En la estación los esperaban Chamberlin, Bersange, Renato y Blanca. Apenas los vio, y casi antes de saludar a Liseta, Chamberlin dijo presuroso:

—Déprisa, déprisa! Hay que tomar un auto! Pedro Manin se está muriendo; quédase! Lleguemos tarde! Al Hospital de la Piedad!

Liseta se enteró del acto heroico de su esposo dando su sangre para salvar a un moribundo.

Cuando llegaron al patio interior del Hospital, la enfermera Odilia Bersange gritó:

—Déprisa, salgan deprisa.

—Pedro... Pedro, infame!

—¡Papá!... ¡Papá!

Manin entreabrió los ojos vidriosos, sonrió, apretó entre sus manos la de su mujer y murmuró con voz apagada, que parecía un eco del sepulcro:

—¡Liseta!... ¡Hijas!... ¡Perdón!

Inclinó la cabeza hacia Liseta y quedó muerto.

Han transcurrido algunos meses. En la «Villa Paradisa» todo es alegría. Han comido, en compañía de la familia, los principales encartados—como los niños llaman a los Bersange—y el risuño padrino.

Después de la comida, Bersange habló a solas con Liseta. Terminada la conversación, la actriz llamó a Ginette y le dijo:

—Ginette, el señor Bersange te hace el honor de pedirte tu mano; ¿qué debo contestarle?

Ginette se acercó a Bersange, diciendo:

—Bien sabe el mundo lo quiero.

Los dos jóvenes sellaron, delante de la madre, sus promesas con un abrazo.

Chamberlin se acercaba al grupo deshojando una margarita y diciendo:

—Me ama... un poco... mucho... apasionadamente.

Ginette preguntó:

—Pero, ¿a quién amas tú, padrino?

—Vuestro padrino—contestó Liseta—casi tiene derecho a ser vuestro padre.

—Sí, sí—contestó Gaby—, que se casó con mamá.

Una carajada acogió esta ingeniosa salida; mas Chamberlin, cambiando de tono y desenvolviendo un diario, dijo:

—¿Sabéis la noticia?... La banda de Amadeo y la Renazer han sido condenados a diez años de trabajos forzados.

—¿Diez años?!—exclamó Renato, abrazando a Gaby—Pues cuando salgan de la cárcel, Gaby y yo nos casaremos.

FIN

Próximo número: **RESCATANDO LA HONRA**
por TOM MIX.—Postal: la última de este artista.

Concurso N.º 1.

Título de la película: «EL PEREGRINO»

por CHARLES CHAPLIN (Charlot)

Nombre del artista: «JOHN BARRYMORE»

Se han recibido 80 soluciones. Las han remitido exactas:

Faustino Manrés Masdeu, Pen de la Creu, 24, 4.ª, 1.ª, Barcelona. — Jesús Ferrer Porich, San Luis, 75 (Gracia), Barcelona. — Julio V. Palacin, Mayor, 79, Daroca. — Victoriano Fontecha Castrillo, Plaza Mayor, Farmacia Llena, Burgos. — Antonio Montañer Padilla, Campamor, 18, Castellón. — José Bacha Bagná, Segura, 118, Lajas (S. Martín de P.), Barcelona. — Alfonso Castells Santamaría, Duque de las Victorias, 17, baños, San Basilio d'Ellobregut. — Felipe del Molino, imprenta, Daroca. — Joaquín Nebot Benedito, Virgen del Pilar, 20, 3.ª, 1.ª, Barcelona. — Fernando González, Girona, 123, pral., Barcelona. — Leona Ercilia Ortega, Ferraz, 42, Valladolid. — María de P. Plaça, Arribas, 30, 3.ª, 2.ª, Barcelona. — José Morales Oliva, Lobería, 14, Córdoba. — Vicente Navarro Tortosa, San Cristóbal, 15, Villena. — Adrián Querol Montañés, Cruz de las Canteras, 34, 1.ª, 2.ª, Barcelona. — María Luisa Ferrer Penálvarez, Reina, 35 y 37, pral., Barcelona, Madrid. — Manolita López Lafuente, Bordadores, 14, pral., Madrid. — Adela Serra Venturá, San Pablo, 3, 1.ª, Barcelona. — María Luisa González Rojas, Fernando el Santo, 1, Madrid. — Luis Andrade García, Regino Martínez, 38, Algeciras. — José Luis Bojarcos Llona, María Muñoz, 8, 1.ª, Bilbao. — Ángela Llebera Aragonés, Urgel, 14, baños, Barcelona. — Luis Sanz Oñiz, Iturrigalde, 5, 2.ª, Bilbao. — Teresa Martí Corral, Balmes, 25, 1.ª, 2.ª, Barcelona. — Tomás Larraqui Sánchez, Méndez Núñez, 55, 3.ª, Zaragoza. — Daniel Alonso López, San Andrés, 63, la Coruña. — Encarnita y Anastasio Martínez, Catibajas, 1, Ayora. — María Pedrosa Lacasa, Provenza, 124, enflo., 2.ª, Barcelona.

Verificado el sorteo, no sido favorecido con el
Premio Bary.

D. Vicente Navarro Tortosa, San Cristóbal, 15, Villena
(Alicante)

Sociedad General de Publicaciones

S. A.

Diputación, 211, Barcelona. Valverde, 21 dup. Madrid

NOVELAS DE EMOCIÓN Y MISTERIO

con preciosas fotografías de las películas

VOLUMENES PUBLICADOS EN ESTA COLECCIÓN

Las dos niñas de París

Judex

Nueva misión de Judex

Barrabás

La huertanita

El signo del Zorro

Parisette

El capitán Kidd

La coqueta irresistible

Por la puerta de servicio

El hombre de las tres caras

Pimentilla

El hijo del pirata

La amordazada

Esposas frívolas

La tragedia del correo de Lyon

Cada tomo con fotografías y cubierta en colores. 2 ptas.

ÚLTIMO VOLUMEN APARECIDO

El Hijo de la Parroquia

Adaptación cinematográfica de la célebre novela
del mismo nombre, por Charles Dickens, con
fotografías, pesetas.

1.50

Estas novelas se hallan de venta en las buenas librerías,
en los quioscos y en casa de los corresponsales de *El
Hogar y la Moda*. Si no las encuentra en su localidad,
las recibirá a vuelta de correo remitiendo el importe
por giro postal o en sellos de correo a los editores.